

Fray Manuel de Tuya O.P.

Cristo proclama la fe como don del Padre y revela su verdadera naturaleza mesiánica. 11,25-27 (Lc 10,21-22)

Este pasaje, que también lo transmite Lc, no es situado por éste en el mismo encadenamiento que Mt. La misma fórmula vaga que utiliza Mt, «en aquel tiempo», o la misma de Lc, «en aquella hora», no permiten fijar su contexto cronológico preciso. En la perspectiva literaria de Mt se ve bien situado, por conexión lógica, con lo que precede. A la increpación a las ciudades citadas, que desecharon su misión, viene a ser esta perícopa como la explicación de aquella, por otra parte, culpable actitud: Dios ocultó estas cosas a los sabios y las reveló a los pequeñuelos. En Lc se sitúa después de la vuelta apostólica de los setenta y dos discípulos. A cuyo retorno, Cristo les dice: «No os alegréis de que los espíritus os estén sometidos; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lc 10,20). Al situar ahora Lc en su esquema literario este pasaje, acusa su intención también de que él sea como la clave última que explique el porqué de esta «revelación» que el Padre hace a estos «pequeños»: la voluntad inescrutable del Padre. Esta perícopa, doctrinalmente, es de un valor excepcional, «La perla más preciosa de Mateo la llama Lagrange. Es una revelación o fortísima sugerencia de la divinidad de Cristo.

Es también digno de notarse que la doctrina que en él se expone, faltando como formulación literaria idéntica en el cuarto evangelio, es totalmente de Jn. Se ha dicho de ella que es «un aerolito caído del cielo de Juan». Esto es una buena prueba del entronque doctrinal que transmiten todos los evangelios. Perteneciendo a Mt-Lc crítica y diplomáticamente, su fondo y contenido se relaciona con Jn. Recientemente, Cerfaux, reaccionando contra la opinión corriente, que considera este lógion como un pasaje de Jn usado en el ambiente sinóptico, ha hecho ver que este lógion utiliza un vocabulario ajeno a Jn, y presenta una teología que no tiene su equivalente exacto en el cuarto evangelio, sino que, por el contrario, encuentra buenos paralelos en los sinópticos y en la literatura judía.

Por aquel tiempo tomó Jesús la palabra y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Si, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo.

Mt dirá que «entonces» Jesús «habló». El término que utiliza (apokritheis) parecería suponer que responde a una pregunta. Pero es una traducción material de un término hebreo (anah) que lo mismo significa «responder» que «tomar la palabra» o «hablar». Es Lc, en el lugar paralelo, el que matiza el estado en que Cristo se encontraba. Por (acción del) Espíritu Santo «se llenó de gozo, y exclamó...» «Esto significa que este Espíritu divino, que dirigía todos los movimientos del alma de Jesús, como tantas veces lo notan los evangelistas (Lc 4,1), lo inundó de vivísima alegría. Este hecho es único en la historia que conocemos del Salvador».

En el primer verso, Jesucristo, inundado de gozo por el Espíritu Santo, alaba al Padre, Dios, dueño de todo, porque ocultó estas cosas—el misterio del

reino—a los «sabios» y «prudentes» y las reveló a los »pequeñuelos«. El «sabio» (kaham) es el que posee sabiduría, y el «prudente» ('arum) es el que posee la habilidad de saber conducirse en los negocios de la vida. Ambas expresiones vienen a tener sinonimia y valor pleonástico por el hombre de valor según el mundo. A estos que humanamente parecían más preparados y a que, en el ambiente, debe referirse especialmente, a los fariseos y escribas—los «sabios»—y a los dirigentes judíos—los «prudentes»—en los negocios de la vida, el Padre les ocultó el misterio del reino. En cambio, se lo reveló a los «pequeñuelos» (nepiois), a los que culturalmente podían no ser más que niños, pero que eran ciertamente niños en la actitud de simplicidad, siendo además equiparados a los niños, que eran considerados en la antigüedad judía casi como sin valor, Por eso, reciben el don del reino en plena gratuidad; sin exigencia alguna. ¿Se refiere directamente a sus apóstoles, a los que, sin ser letrados, Dios reveló el misterio del reino? En el pasaje paralelo de Lc, después de hacer esta «elevación» al Padre, se vuelve a los discípulos, aunque aparte, lo que sugiere otro contexto histórico, y les dijo: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis, porque yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron» (Lc 10,23.24). Sin embargo, el contexto es incierto. En el contexto lógico de Lc se refiere a los discípulos y a los apóstoles (v.23). Y después de gozarse en esta divina economía, nuevamente se goza en esta libérrima voluntad del Padre: "Sí, Padre, porque así te plugo". Esta expresión, "porque te plugo", como sinónimo de la voluntad divina, es frecuente en los escritos talmúdicos. «Pero ¿cómo da gracias por lo que oculta?... No lo hace para gozarse de la ceguera de ellos, sino del juicio de Dios, que así, sabiamente, ordena las cosas. ¿Por qué? Aquí no se ha de buscar la causa; pues en tales casos la causa es la voluntad de Dios».

El v.27 es de una riqueza teológica muy grande. Se pueden distinguir en él tres ideas: a) «Todo me ha sido entregado por mi Padre». b) «Y nadie conoce al Hijo sino el Padre». «Y nadie conoce al Padre sino el Hijo». c) «Y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo».

a) Primeramente, Jesucristo dice que el Padre le dio «todas las cosas» (pauta). La afirmación es universal. No se refiere a un solo orden de conocimiento, como podría pensarse ante la segunda parte de este versículo. Conceptualmente tiene su entronque en Jn: «El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas» (Jn 3,35). «El Padre le dio todas las cosas» (Jn 13,3). Sin embargo, los pasajes citados de Jn hablan no del don de la naturaleza divina, sino del poder incomparable que el Padre confiere a Cristo hombre por razón de su unión hipostática. También en este pasaje de Mt-Lc se ha pensado por algún autor si este »todas las cosas« que le ha sido entregado por el Padre no se referirá sólo a lo necesario a su función mesiánica 29. En realidad, esto depende del sentido que se le dé a la otra parte del versículo (b): sentido exclusivamente mesiánico o de trascendencia divina.

b) La segunda afirmación de Cristo es que »nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo«. ¿Qué valor tiene esta afirmación tan exclusiva y excepcional?

La afirmación es correlativa. Pero en el texto se refiere al conocimiento. Filológicamente, el verbo que se usa (epiginósquei) (Mt) habría de traducirse, por su estructura, por un «sobre-conocimiento», lo que iría bien con el contexto. Pero es sabido que en la Koiné se prefieren los verbos compuestos sin que con ello se incluya, de suyo, un matiz o carácter particular. Así, el mismo Lc, en el pasaje paralelo, usa tan sólo la forma simple del mismo verbo (ginóshei).

En esta enseñanza de Cristo, ¿se pretende sólo enseñar el mesianismo o la filiación divina de Cristo?

Esta enseñanza de Cristo trasciende la simple afirmación del hecho de la mesianidad de Cristo, para enseñar o sugerir fuertemente su filiación divina. Las razones que llevan a esto son las siguientes:

1) En primer lugar, ya extraña el énfasis que se pone aquí, en este conocimiento que existe entre el Padre y el Hijo. Era tema demasiado evidente en la Escritura el conocimiento que Dios tiene de todas las cosas. Precisamente se lo caracteriza como un atributo propio suyo, llamándolo el «Conocedor de los corazones» (Act 1,24). Por eso, este conocimiento de que aquí se trata debe de ser algo profundísimo, ya que se invoca el atributo divino de la sabiduría como el único que puede conocer este mutuo «conocimiento» de quién es el Padre y el Hijo.

2) Este conocimiento es trascendente. Es algo reservado al Padre y al Hijo. Por eso, si los hombres lo saben, es debido a una »revelación« que el Hijo haga (c). Y esta revelación es manifiestamente la obra de Cristo, que se va manifestando como Hijo de Dios.

3) Esta «revelación» es ciertamente que él es el Mesías, el Hijo de Dios; pero no sólo en lo que tiene de hecho: ser el Mesías, sino que ha de ser en cuanto va descubriendo su verdadera naturaleza divina.

En efecto, esta enseñanza es algo que sólo Cristo revela. Pero que Cristo era el Mesías, ya lo había anunciado y presentado el Bautista a Israel (Jn 1,18-28). Precisamente entre los discípulos de éste se reclutaron los primeros apóstoles (Jn 1,27), y a ellos se lo presentó el Bautista, y ellos siguieron, en cadena, manifestando y reclutando para la causa mesiánica de Jesús a otros compañeros, que serían apóstoles (Jn 1,35-51). Por tanto, esta «revelación» a que Cristo alude ha de ser algo distinto de esto y más trascendente, pero en la línea de que El es Hijo de Dios, ya que se trata de una revelación que importa el conocimiento de Padre-Hijo, y viceversa.

En las concepciones judías, el Mesías era calificado como el Hijo de Dios por excelencia. Pero no pasaba de un sentido moral de adopción y especial providencia sobre El, ya que éste había de proceder, por vía humana, de la casa de David.

Pero aquí, si, por hipótesis, no se trata de esa filiación metafórica y adoptiva como Mesías, ya que éste había sido presentado como tal a Israel por el Bautista, al margen de su exclusiva «revelación»; si además, por hipótesis, ha de tratarse en esta «revelación» de una filiación, ésta, al no ser metafórica como Mesías, es que debe trascenderla para ser una filiación divina verdadera, ya que no se ve otro motivo superior al de Mesías para que se le pudiera establecer otra filiación metafórica; si, además, para conocer

esta paternidad y filiación entre el Padre y el Hijo se invoca el mismo poder de la omnisciencia de Dios; todo esto hace ver que este conocimiento se refiere a una filiación verdadera y sobrehumana entre el Padre y el Hijo, es decir, se está hablando de la filiación ontológica divina del Hijo.

4) A esto mismo lleva el ver que este pasaje de Mt-Lc se entronca, por semejanza conceptual, con otros pasajes del evangelio de Jn en los que se habla de la divinidad de Cristo como Verbo encarnado (Jn 5,10-40; 7,25-29). Sólo que la formulación de este pasaje de Mt-Lc es aún más vigorosa que los mismos pasajes aludidos de Jn.

Así resume un autor el valor de este texto: «Pasaje de tono joánico, pero bien atestiguado en Mateo lo mismo que en Lucas, y de primera importancia, porque se manifiesta, con el más primitivo fondo de la tradición sinóptica, una conciencia clara de la filiación divina de Jesús»

Naturalmente, no es obstáculo a esto el que se trate de expresar directamente el conocimiento del Padre y del Hijo, ya que, si lo que se expresa directamente es un conocimiento, éste es de tal naturaleza que supone la filiación ontológica del Hijo.

Pero aquí Cristo, al hablar de este conocimiento trascendente, ¿en qué sentido habla: como Verbo encarnado o como Verbo divino?

La posibilidad de esto último no puede negarse. Sería un caso en el que intervenía la «communicatio idiomatum». Y en este sentido lo han interpretado algunos 31. Sin embargo, lo primero parece más probable. Pues a Cristo en los evangelios, incluido Jn, se le presenta hablando y obrando como Verbo encarnado. Y, admitido esto, se ve bien la posibilidad de que Cristo encarnado se llame Hijo de Dios, ya que, por razón de la unión hipostática, no hay en El más que la persona divina. Por lo que Cristo hombre puede decirse con toda verdad Hijo de Dios. Es a lo que lleva la tercera parte (c) del v.27.

Y en cuanto a ese conocimiento excepcional que Cristo tiene de su Padre, puede muy bien ser el conocimiento excepcional que tiene el alma humana de Cristo por razón de la «visión beatíficas, que goza desde su misma encarnación 33; así ve su filiación divina y la correlativa paternidad divina de Dios en El. Lo mismo que el Padre ve en Cristo a su verdadero Elijo, el Verbo encarnado.

c) La última parte del versículo enseña que, si este conocimiento del Padre y del Hijo es trascendente a los hombres, no obstante, el Hijo encarnado puede revelarlo. Más aún: El se proclama como el único que en el plan de Dios puede revelarlo a los hombres. Es el valor universal e instrumental de la humanidad de Cristo. «Dios unigénito que está en el seno del Padre, ése nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,10-18).

f) Invitación a venir a El. 11,28-30

La perícopa que sigue es propia de Mt. La situación histórica de la misma es discutida. Lógicamente se entroncaría bien con ella. Si sólo Cristo puede revelar a los hombres el misterio del reino, es lógico que a continuación venga la invitación a venir a El. Por eso, ignorándose con certeza el momento histórico preciso en que se pronunció este lógion, se considera separadamente. Su estructura es «paralelística», constando de tres

miembros.

Venid a mi todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es blando, y mi carga, ligera.

Cristo hace una invitación universal: «a todos» los que trabajan «con cansancio» y están «cargados». Estas expresiones vienen a ser sinónimas, no sólo en sí mismas, sino, sobre todo, en la estructura binaria de estas sentencias del Salvador, y frecuentemente en otras expresiones «sapienciales». ¿A qué trabajos se refieren? Teniendo todo este lógion una manifiesta unidad conceptual, puesto que estos trabajos son aliviados por la doctrina de Cristo, se ve que aquí se alude a la doctrina farisaica, que era «formulista» e «insoportable», como dijo de ellos el mismo Cristo, por sus infinitos preceptos y minuciosa reglamentación asfixiante (Le 11,46). «Envuelto—el judío—como en una red por las 613 prescripciones del código mosaico, reforzadas de tradiciones sin número, la vida del fariseo era una intolerable servidumbre... El último libro de la Mishna, que comprende 12 tratados, está todo entero consagrado a estas prescripciones minuciosas. Imposible dejar su casa, tomar alimento, hacer una acción cualquiera sin exponerse a mil infracciones. El temor de caer en ellas paralizaba el espíritu y anulaba el sentido superior de la moral natural. Toda la religión degeneraba en un formalismo mezquino». Están fatigados y cargados de toda esa seca e insoportable reglamentación. A todos éstos les dice que «vengan a El», y El, en su doctrina de amor, les «aliviará», literalmente os «descansaré»; lo que significa un descanso «restaurador».

Frente a este cansancio moral y hastío farisaico, Jesucristo les imita a «tomar» sobre ellos «su yugo». El concepto de yugo, como sinónimo de la ley, era usual entre los judíos. Las expresiones «llevar el yugo de la ley», el «yugo de los mandamientos», el «yugo del reino de los cielos», era obedecer la Ley mosaica, incluidas las tradiciones y las prescripciones rabínicas. El «yugo» de Cristo es su enseñanza, su doctrina, su ley, su vida.

Paralelísticamente les dice algo que suele traducirse por «aprended de mi» (mathete ap'emou). Sin embargo, el sentido está en oposición a su significado en el medio ambiente rabínico. Esta expresión en ellos, frecuentemente usada en el Talmud, es ésta: «Entrad en mi escuela», aproximándose a «sed instruidos por mi». Frente al aprendizaje del rabinismo, Cristo se proclama Maestro; y frente a las prescripciones rabínicas «insoportables» «importabilia» (Mt 23,4)—, El les ofrece un magisterio único: «Porque soy manso y humilde de corazón». El corazón es para los semitas sede de los afectos, es decir: tal es la actitud del alma de Cristo. El afecto de Cristo, el corazón de Cristo —se abre él mismo para decirlo—está lleno de mansedumbre y humildad. A la mansedumbre se opone la ira, el ser áspero; a la humildad, la soberbia. El magisterio de los fariseos y de los doctores de la Ley era soberbio, y buscaban en ello «la gloria unos de otros» (Jn 5,44); de ahí fácilmente el tono áspero e iracundo contra los que no se sometiesen a sus lecciones. Prueba, su odio a Cristo. ¡Todo lo opuesto es el magisterio de Cristo!

En el tercer miembro de este lógion, a los que vengan a su «magisterio», a los que tomen su yugo, se les promete que «hallaréis descanso para vuestras almas». No tendrán la opresión insoportable de la minuciosidad formalista del

rabinismo, que secaba el alma; por el contrario, encontrarán «descanso» en sus almas al poner sobre ellas su «carga ligera» y su paralelo «yugo suave». No sólo por descargarse de lo otro, sino porque la doctrina de Cristo—el Evangelio—, con su gracia, sus frutos, su paz, rehace gozosa la vida, pues Cristo da «vida abundante» (Jn 10,10). Así, los que experimentaron aquella insoportable opresión moral y ritual rabínica, encontrarán en la doctrina de Cristo, cuyas palabras «son espíritu y vida» (Jn 6, J3), el «descanso restaurador» (anapáyo) para sus «almas», semitismo por «vida».

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p. 270- 276)